

## XLVII

### TERREMOTOS Y GUERRAS

El siglo XIX comienza con los terremotos de 1804 y se desarrolla entre guerras y revoluciones. Conocemos las peripecias locales de los terremotos y sus secuelas por las notas que dejaron testigos presenciales de los de Adra y Berja. En Adra fue el teniente de cura don Francisco Antonio Gutiérrez el que dejó escrita una relación de lo sucedido en el archivo parroquial, de la que Ruz ha publicado un resumen.

El día trece de enero a las cinco y media de la tarde «se sintió un espantoso terremoto» con la duración de «un minuto y cuasi cincuenta instantes», al que siguieron otros durante toda la noche y días siguientes. El 21 del mismo mes a las cinco de la mañana sacudió Adra otro terremoto de menos duración, pero más violento.

Hasta el 25 de agosto se sucedieron otros temblores menos intensos. El 25 de agosto a las ocho de la mañana se dejaron sentir los más fuertes e impetuosos, que derribaron «infinidad de casas» y obligaron a los vecinos «presos de pánico, a abandonar la villa y habitar en despoblado, en chozas de materiales ligeros, que en pocos días construyeron muchas para domiciliarse».

En la iglesia aparecieron «fracturados todos sus arcos... su torre abierta por muchas partes y reducida a varias piezas, lo que ocasionó la demolición de los dos cuerpos superiores», quedando el templo sin uso, que suplió un Oratorio, que se formó de cañas, aneas y otros arcos ligeros en la Rambla llamada de buena vista». Aunque afortunadamente no se produjeron víctimas, la población quedó en gran parte destruída, pues su-

cumbieron muchas edificaciones, que habían logrado mantenerse en pie frente a las sacudidas anteriores. A los estragos producidos por esta catástrofe vino a unirse «una escasez universal de todos los víveres, porque se vieron los Racionales forzados a alimentarse parcamente con lo que solamente se llamó siempre pasto de Brutos, falleciendo muchos por esta inversión».

A los terremotos siguieron las tormentas. El once de septiembre, «un hora oscurecido», comenzaron las tormentas, que de un modo intermitente se sucedieron hasta el 23 de diciembre. «...se abrieron las cataratas del cielo, fuentes de la tierra, derramando tanta agua que parecía un particular Diluvio, que no cesó hasta derribar las casas, que se habían reservado de los primeros estragos, y reducir a solares la mayor parte de ellas». En los días anteriores a este suceso el mar se había notado con extraordinaria quietud, «imprimiendo espanto a la vista, no acostumbrada a mirar inmóvil balsa, a la que antes y después perturbó a ésta y al oído con repetidos bramidos, que formó la ferocidad de sus movimientos».

«Luego que comenzó este asemejado Diluvio, se perturbaron igualmente todos los elementos, la Tierra continuando sus temblores, que aunque lentos no cesaron día alguno», el mar tumultuoso, el cielo surcado por continuos relámpagos y a todas horas fortísimos huracanes. «El río de esta villa no le fue suficiente la antigua carrera, dexo está atravesando otra por toda la Vega hasta llegar a la Plaza de Armas, desde la cual se encaminó a su centro, derribó Molinos, los inutilizó por entonces a todos, arrasó edificios, sacó los árboles enteros, socavó y desfiguró todos los montes de su curso, arrasó toda la vega, arrastró cañas dulces y todas las plantas, después de poblar el Mar de abundantísimos maderos y ramas, que fueron abasto del fuego por muchos días en las casas».

«El Mar más que nunca irritado, salió largo trechos de su centro, cerrando los caminos y veredas, y la Tierra reprodujo millares de fuentes, remansos, alvercas y riachuelos por todas partes. Y así «concluido el año Mil ochocientos cuatro, cuyos notables acontecimientos darán motivo de admiración a la posteridad, y aun no se pueden pintar con tan vivos colores y caracteres, quales puedan dar cabal idea del suceso».

Unos testigos presenciales de lo ocurrido en Berja redactaron una crónica, que depositaron en el archivo parroquial y ha llegado a nosotros gracias a la curiosidad de los señores Acosta y Joya.

El trece de enero, a las seis menos cuarto de la tarde un fuerte temblor de tierra de dirección NE-SO estremó la Alpujarra oriental desde la orilla de la mar hasta Bayárcal durante cincuenta segundos. En Berja quebrantó el templo parroquial y otros edificios. El trece de febrero otro

terremoto afectó a la costa de Almería a Adra, aquí tuvo mayor intensidad, «el mar se retiró unas veinte varas (16,70 m).

El 24 de agosto otro terremoto afectó principalmente a Berja; esto alarmó mucho a los vecinos. El 25 de siete a ocho de la mañana sobrevino un temblor de tierra «violentísimo, de dos horas de duración y de movimientos irregulares», que arruinó la población. Este terremoto alcanzó a Dalías, Adra, Roquetas y Almería. En Berja y Dalías arruinó los templos. En Almería la gente salió de la ciudad y fue a vivir en la playa y en el campo. Se suspendieron los oficios divinos. El Cabildo los reanudó el dos de septiembre en una barraca que mandó construir en la Plaza Vieja. Las monjas de las Puras y las Claras salieron a vivir en barracas.

Un testigo presencial de Berja cuenta así lo sucedido: «El día siguiente amaneció triste y nublado, lo que aumentó el miedo, y a las siete de la mañana repitió (el terremoto del día anterior) después de caer algunas gotas de agua, ligero primero, de modo que dio tiempo al testigo a salir a la calle, y después tan fuerte que con el movimiento que hacía la tierra no podía sostenerme en pie, y vi casas caerse, y las paredes y torres de la iglesia formar un remolino y hundirse. La casa-ayuntamiento también cayó. En la parte de la montaña los edificios sufrieron mucho menos que en el llano, donde se hundieron bastantes y otros quedaron en ruinas». En las notas de otros testigos leo que se arruinaron totalmente el templo parroquial y las demás iglesias. De la ermita de la Virgen de Gádor quedó en pie el camarín con la imagen de la Virgen, cayeron el ayuntamiento, otros edificios públicos y muchas casas, principalmente las situadas en torno a la Plaza Vieja.

Unas notas dicen que murieron 45 personas, otras que 67 y que fueron muchos los heridos y contusos. Acosta registró antes de 1936 el libro de Defunciones, en el que se sentaron los nombres de las víctimas y transcribe literalmente; «A las ocho y media de la mañana hizo en esta villa un terremoto espantoso, que destruyó la iglesia y la mayor parte del pueblo, en cuya desgracia perecieron las personas siguientes» y da una relación de 37 víctimas.

Los virgitanos bajaron la imagen de la Virgen de Gádor a la villa y la pusieron en una ermita que había en el paseo de Faura, en la que comenzaron a celebrarse los oficios divinos. Los temblores siguieron hasta final de año. Impresionante fue el del 26 de septiembre. «A las nueve y media de la noche se presentó una horrorosa nube, que rodeó por cuatro veces el recinto de la villa, formando sobre ella una especie de caracol, fijándose a la segunda vez por espacio de media hora con un trueno continuado, que no dejaba el menor intervalo, pareciendo que llovía fuego, hasta temblar la tierra, se levantó y continuó dando vueltas... Todas las

aguas aumentaron considerablemente y en uno de los sitios de la cabeza de la Vega, que llaman Sotomán, salieron otras fuentes de bastante consideración, que aunque por una parte parecían estimarse de clase de útiles, por otra eran sospechosas de perjuicio por lo movida que se advertía la tierra en la extensión de más de un cuarto de legua».

A estos terremotos refiere Botella la destrucción del lugar de Iniza. «En término de Alcolea y en sitio denominado Iniza existía a principio del siglo XVIII un pueblecito perteneciente al marquesado del mismo nombre. La iglesia del lugar era una antigua mezquita trocada en iglesia. Y es tradición, atestiguada en esencia por las ruinas del terreno y de algunos edificios, que estando el mayordomo del marqués presenciando la recogida de la aceituna y a la sazón en que había puesto una rodilla en tierra, para examinar el fruto, sintió la rodilla humedecida, y mirando luego, le pareció ver cual si hirviera la tierra. Dada la voz de alarma, huyeron todos a los altos más inmediatos, presenciando entonces cómo la tierra se iba abriendo, surgiendo aguas por todas partes y hundiéndose las casas, los árboles y los campos. Quince días duró este fenómeno, al cabo de los cuales el terreno, que formaba antes un llano, apareció todo lleno de escombros de la gruesa capa de caiza, que constituía su capa superior, quedando esparcidos por doquier sus fragmentos. La antigua mezquita no desapareció con las casas, pero sí quedaron abiertas y arruinadas sus paredes. En cuanto a los vecinos, se refugiaron en Bayárcal, donde se establecieron; más tarde volvieron a construirse dos cortijos en el mismo sitio; pero ya en el 1855 el de abajo adelantó unos cuantos metros con el terreno y fue preciso luego construirlo de nuevo».

En Berja cada vecino atendió al reparo de su casa, «porque no hubo habitación alguna —dice otro testigo presencial— que no necesitara de levantarse de nuevo». La reconstrucción del entorno de la Plaza Vieja, zona la más afectada por los terremotos, tropezó con serias dificultades, sobre todo la de los edificios públicos, templo parroquial y casa-ayuntamiento, por las vicisitudes porque atravesó Berja y España, primero con la guerra de la Independencia, luego con las luchas políticas que agitaron el país.

El gobierno concedió exención de contribuciones a Almería, Berja, Dalías, Vicar, Roquetas, Adra, Canjáyar, Ugijar, Turón y Motril. Berja tuvo la suerte de que una de sus más importantes fuentes de recursos económicos, las minas de la sierra de Gádor, estuviera en todo su apogeo durante la primera mitad del siglo XIX y contó con dinero sobrado para reconstruirse. Las casas comprendidas entre Julbina, la calle del Agua y la de Faura se construyeron de nuevo con tal esplendor que dieron a Berja el aspecto de una ciudad. Los vecinos más pobres levantaron nuevos

barrios en los cerros del Plomo y San Roque, barrios que por su pobreza contrastan lamentablemente con el centro.

Como los terremotos afectaron principalmente a los edificios situados en la Plaza y su entorno y, en general, a los situados en lo llano, se pensó abandonar esta zona y construir en las partes altas.

El alcalde mayor propuso que Berja se redujera a dos grandes barrios, uno situado en el Llano de Vülches, con el nombre de Berja Capileira y otro en el barrio alto de Alcaudique, con el nombre de Berja-Qibdiq; pero el Concejo se opuso en el cabildo celebrado el ocho de mayo de 1805.

Del desarrollo y efectos de los terremotos en Dañas tenemos lo que escribieron C. Eguía y el P. Rubio. Los terremotos de agosto derribaron el templo parroquial, se salvó la imagen del Santo Cristo de la luz por verdadero milagro, y casi la totalidad de las casas. Galbis dice que al cuarto día de trabajo iban desenterrados 267 cadáveres, Eguía y el P. Rubio reducen esta cantidad a «muy cerca de doscientos habitantes». Como en Berja, se pensó trasladar la nueva población a las partes altas, se desistió y se construyó en el mismo solar.

En Roquetas se hundieron muchas casas y uno de las torres de la costa, pero no hubo víctimas.

Se repitieron los terremotos en la segunda mitad del siglo XIX. Ruz ha tomado en el archivo municipal de Adra nota de los mismos. El 22 de agosto de 1863 a las doce de la noche; los vecinos notaron que sus camas se movían. La víspera de Reyes del 1891. En la madrugada del 17 de enero de 1896 se produjo un terremoto con mucho ruido. Durante el año siguiente fueron frecuentes, los más fuertes los del 25-2, 23-3 y 13-7.

En el verano de 1863 el Gobierno envía a don Casiano del Prado, ingeniero de minas, a estudiar la serie de terremotos que se han producido en la zona de Vera-Lorca. De la Baja Alpujarra solamente registra dos producidos en Berja-Dañas-Adra en la madrugada del seis de agosto, no muy fuertes y otros dos en Capileira, en el corazón de la Alpujarra. Vincent registra dos en 1883 y otros dos en 1885, en la Alpujarra. Galbis registra uno en Berja en febrero de 1894.

En los cuatro primeros años del siglo XIX amenazan dos contagios al reino de Granada, el vómito negro y la peste de Cádiz. Contra el contagio de esta última se establece un cordón sanitario en las lindes de Roquetas con el Campo de Dañas. La fiebre amarilla lleva medio siglo enseñoreada de las tierras de Málaga y Murcia.

La guerra de la Independencia fue en la Alpujarra la segunda guerra civil de la Edad Moderna, la primera fue la guerra de los moriscos, 1568-1570. Aquí la guerra entre las cuadrillas de patriotas —brigantes

de la montaña los llamaban los afrancesados— y la contraguerrilla de afrancesados —montañeses se llamaban ellos mismos— fue extremadamente cruel.

La primera entrada de los franceses en Andalucía acabó con su derrota en Bailén. El 19 de noviembre de 1809 el ejército español del Centro mandado por Areizaga fue derrotado en Ocaña. El 23 de enero de 1810 las tropas francesas dispersan el ejército de Blake, que se retira a Huércal-Overa/Lorca y Sebastián se apodera de Granada. En adelante la guerra en tierras almerienses va a consistir en retiradas españolas de Beza a Lorca perseguidos por los franceses y en retiradas de franceses de Huércal-Overa a Baza perseguidos por los españoles. La misma ocupación y abandono de Almería por los franceses se produce en función de este movimiento pendular.

En los primeros días de mayo vuelve a ocupar Almería el general francés Belair, le acompaña el motriño Francisco Javier de Burgos, nombrado subprefecto de Almería. El dominio francés se asienta sólidamente en la Baja Alpujarra oriental, con la colaboración de la gente más acomodada. Para estudiar este período tenemos las notas de los archivos parroquiales de Alcolea y El Fondón y, especialmente, las «Memorias de la guerra de la Independencia y de los sucesos políticos posteriores (1808-1825)», escritas en el 1826 por Juan Gabriel del Moral, natural y vecino del Fondón, publicadas por don Pedro Aguado Bleye en 1908 en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, tomo XVIII, pág. 416, XIX, 111, XXII, 124 y 284.

Los franceses crearon la prefectura de Granada, la subprefectura de Almería y el distrito administrativo de Berja, al que pertenecían Berja, Adra, Dalías, Darrical, Benífar, Lucainena y los pueblos de la antiguas tabas de Andarax y Lúchar, veinticuatro en total. Al frente de este distrito pusieron a don Francisco de Castañeda, vecino de Berja, que pertenecía a la administración pública y siguió perteneciendo después de la guerra.

Los franceses situaron un destacamento en Ugijar, otro en Adra y un tercero en Roquetas; en Berja no pusieron ninguno, pues lo consideraron seguro con la colaboración de los afrancesados. El ocho de mayo acudieron a Almería treinta y dos delegados de los pueblos ocupados a prestar juramento ante las autoridades puestas por los franceses. El pueblo los conoció por los juramentados.

Los franceses suprimen la Inquisición, el Voto de Santiago y muchos conventos, los bienes de éstos pasan al gobierno, que crea la Administración de Bienes Nacionales. En el partido de Berja pasan a esta Administración las haciendas, que tenía la Inquisición granadina en Adra, Berja

y Paterna, las del convento de Santo Domingo de Granada en Dañas, las del convento de San Francisco de Granada en Dañas, las del convento de Trinitarios Calzados de Granada en Benámar, las del convento de San Francisco de Paula de Motril en Dañas, las del convento de Mercedarios Calzados de Granada en Darrical, las del convento de Carmelitas Descalzos de Granada en Berja, las del convento de San Francisco de Paula de Vera en Berja y las del convento de Franciscanos Observantes de Ugíjar en Dañas.

Esta Administración, creada el 24 de julio de 1810, comienza a llevarse en Berja desde el día 31 siguiente, en notas sueltas, que se anotan en un libro, que se abre el «seis de septiembre de 1811». De estos bienes se cobraban los que consistían en censos, se vendían los productos de las fincas y se subastaron algunas de estas fincas. Se aprovecharon de estas subastas los afrancesados, que sirvieron al rey José en altos y bajos cargos y los militares y civiles franceses, que se adjudicaron casas y fincas gratuitamente y antes de irse las traspasaron a los afrancesados a precios módicos. No les habían costado nada, anota Mercader.

Los bienes secuestrados en Berja produjeron en el segundo semestre de 1810 19.108 reales con 19 maravedís, en 1811 106.556 reales con 22 maravedís y en el primer semestre de 1812 60.786 reales con 12 maravedís. De los productos de estas fincas se suministraba al ejército francés trigo y paja.

Se levantaron guerrillas por todas partes. Del Moral lo expresa gráficamente. «Ya por este tiempo se volvió toda la villa parrales». Partidas cotapuestas de paisanos y desertores de los ejércitos, «unos con el fin de robar los pueblos a la reserba de buenos patriotas y otros con espíritu de religión para dar tormento a los gabachos». Juan Fernández, el alcalde de Otívar, pueblo en el hinterland de Almuñécar, era un mediano labrador, hombre de buenas prendas y entre ellas la de muy franco con lo suyo para todos, por lo que en Otívar y en la sierra tenía muchos amigos. Era excelentísimo tirador con mucho uso y manejo en la escopeta. Tenía un famoso caballo. Súpolo Sebastiani y se lo envió a pedir o quitar y, estando él con un compadre suyo en una de sus haciendas, se presentaron los cinco gabachos de la partida comisionada para el caballo. El sargento lo pidió a nombre de su general y a nombre de Dios le respondió Fernández poniéndolo de un balazo panza arriba y enseguida a otros tres, que perdidos por la aspereza del terreno, no pudieron huir. El último cogió sin lesión y con é escribió a Sebastiani, firmando su compadre también, y desafiando a toda la Francia con varios desafueros. Este fue el principio de Juan Fernández, alcalde de Otívar. Y enseguida le acudieron todos sus amigos del país, unos con dineros, otros con armas y otros con ropas y

caballos, y en menos de ocho días se halló el alcalde dispuesto a esperar a Sebastiani y a sus vencedores de Jena y de Marengo en el valle de Lecrín y su sierra de la Alpujarra, que en pocos días se hizo el punto más temible para el gabacho.

«Por este mismo tiempo hubo en Valor otro Alcalde, hombre del campo pero fino español. Este hizo mucho daños a las tropas francesas por modos distintos. Este, en traje de arriero, sacaba pasaporte del gabacho... Después juntó partida, se hizo comandante, se juntó al de Otívar y al fin, por una confianza, lo mataron en el río Almanzora. Había otras partidas capitaneadas por el Moreno de Ohancs, Mena, el coronel Villalobos de Berja, Antonio Daza y Gabriel Lirola de Dañas, estos últimos luchaban con los franceses por la parte oriental del reino de Granada.

¿Quién era don Martín de los Llanos, el afrancesado de Berja?

Santisteban dice que era de Aradinos (León). Del Moral dice que nunca se supo su patria. Tenía 58 años cuando la invasión francesa. Alto, seco, moreno, cejudo, ojos azules, poca barba, boca grande, dentón. Estudió medicina en Valencia. Vino pidiendo limosna. Quedó de médico de Felix, que padecía epidemia de tercianas, donde casó con la hija de un labrador. En Berja, que no tenían médico, le ofrecieron más sueldo y se vino aquí. Esto debió ocurrir en el último tercio del siglo XVIII. Por su trato se ganó la simpatía del pueblo. «El tiene una política diabólica y fina conversación».

Llegado Sebastiani a Granada, el Ayuntamiento de Berja fue el primero del reino de Granada que le cumplimentó. Le envió una comisión formada por don Martín y «tres sujetos de lo principal», con un «rico regalo de jamones, manteca, vacas, carneros, azúcar, etc... para presentarlo y presentarse a el Sebastiani». Todo era obra del afrancesado. A la sazón nació en Turón y Murtas una partida al mando de un loco calavera llamado Vinagra. Este con sus hombres salió al encuentro de don Martín, le arrebató el regalo que llevaba a Sebastiani, que repartió entre los de su partida y a los de la comisión los llevó a Alcolea. Los puso en libertad cuando sus familiares pagaron un rescate en onzas de oro.

Don Martín y sus compañeros «sin aparato ni rescate se fueron a Sebastiani, a quien manifestaron sus corazones gabachunos y cuanto les había ocurrido con la partida de Vinagra». Sebastiani los abrazó, los puso a su mesa y les ofreció toda la Francia y recomendarlos a su Reyecillo Pepe y a su hermano el tirano. Don Martín y los suyos volvieron a Berja «tan ufanos y finchados que ya les parecía haber gando el cielo y la tierra sólo con el abrazo de Sebastiani».



Don Martín «sedujo a aquellos incautos o bárbaros sujetos de lo principal de aquel pueblo» y formó con ellos una compañía de cien hombres, «que empezaron a perseguir a los buenos españoles con el mayor ardor».

Don Martín decidió ir contra el alcalde de Otívar. Un día de marzo o abril de 1811 pasó con sus hombres a Dalías, donde reunió una cuadrilla, que puso al mando del gitano Trigueros y bajó a Adra donde se le incorporaron don Pedro Segado y don Juan de Mata Chacón, hermano de don Francisco, coronel que estaba de brigadier con Sebastiani, hijos y nietos de los marqueses de Iniza. Salieron de Adra hacia Motril por la costa. Al pasar lista en Gualchos el gitano de Dalías levantó la voz y dijo: ¡Ea, muchachos! Yo no paso de aquí. Mirar que nos llevan a el mataero. Yo soy español y no francés. Seguidme todos y voivamos a Dalías». La mayor parte siguió a Trigueros. Quedaron muy pocos con don Martín.

En Motril fueron apresados por los del alcalde de Otívar, a Segado y Chacón los fusilaron en la plaza de la Colegiata, junto a la puerta de la Cárcel, a pesar de que sus mujeres ofrecieron por sus vidas un millón de reales en efectivo. Don Martín escapó con los de Berja, entre ellos don Pedro de Cueto, juez de la policía de Berja, hombre muy rico, de 45 años, que iba en la contraguerilla por divertirse. Este intentó cruzar el río Guadalfeo por Valecillos, en el que entró montado en su caballo por la parte más peligrosa, las aguas lo arrastraron y llevaron a la Balsa Grande.

Vuelvo a Berja, don Martín completó su cuadrilla y fue contra Alcolea el seis de septiembre a castigarla por haber acogido al Vinagra, cuando éste les quitó el presente que llevaban a Sebastiani. Los de Alcolea lo recibieron y a escopetazos le hicieron retroceder hasta el barranco de los Caballos. Volvieron a Berja en el momento que entraba por el camino de Dalías una compañía del ejército francés. De acuerdo con los franceses van de nuevo contra Alcolea, en la que entraron el día siete al amanecer. Saquearon el pueblo y asesinaron a muchas personas, hombres, mujeres y niños. Volvieron a Berja orgullosos de su acción. Todas las operaciones de don Martín debieron ocurrir en abril y septiembre de 1810 y no del 1811, como dice Del Moral, pues, el cura ecónomo de Alcolea don Francisco de Rivas, pone en los folios 70-73 del libro sexto de Defunciones de la parroquia de Alcolea la nota siguiente: «El día siete de septiembre del año pasado de mil ochocientos diez entraron las tropas imperiales a sangre y fuego en este pueblo, en cuya acción y día muchos perecieron a sus manos, a quienes se dio por algunos fieles, que se dedicaron a obrar misericordiosamente, sepultura eclesiástica, aunque no a todos por no permitirlo el tiempo ni las circunstancias, y aunque después de perdonado el pueblo al cavo de quatro meses y restituidos de sus naturales, se procuró por todos los medios» hacerles exequias y no lo consintieron. A continuación

da la relación nominal de los muertos, seis mujeres y treinta y dos hombres. Otros dos hombres fueron asesinados los días 17 y 18 de aquel mes. Muchos vecinos de Alcolea huyeron al Presidio del Andarax (Fuente Victoria) y Fondón, los persiguieron y asesinaron tres, un monje basilio entre ellos.

En Berja hicieron feria de lo robado en Alcolea, hasta de las ropas y alhajas de la iglesia. En el Fondón los franceses mataron a los vecinos de Alcolea refugiados allí. El tan alabado escritor inglés R. Ford dice en su manual: «Alcolea. Aquí los proveedores de Sebastiani asesinaron al cura ante el altar mismo, esparcieron su cerebro sobre el Crucifijo. Cuatrocientas personas fueron masacradas a sangre fría sin tener en cuenta edad o sexo». Exagera pero se regodea pensando que fue castigo por lo que los cristianos hicieron a los moriscos dos siglos y medio antes.

«El tiempo adelante y ya España ardiendo en guerra por todas partes, don Juan Fernández, el alcalde de Otivar, noticioso del francesismo del Médico de Berja, y de los robos, muertes y atrocidades, que con sus montañeses hacía contra las huestes españolas, quiso darle un susto, y para esto se vino con su partida y con el alcalde de Válor. El día 16 de Diciembre del año 1811, día que don Martín de Llanos, médico de Berja, descansaba en aquella villa (Berja) con su tropa de montaña y su trozo de soldados franceses, supo que el de Otivar venía a cumplimentarlo y que ya estaba con su gente en Meninar. Tocó generalía, cargó todos los utensilios de campaña y con su gente salió a recibir a su rival, tomándole la espalda por el río de Escarriantes, Otivar lo rechazó con su gente y el alcalde de Válor y empezó el tiroteo por encima de Darrical. El Médico y su tropa, a gafope, huyeron todo el día, sosteniendo la retirada por la cañada de Romero, por Chirán y Castala, donde les cogió la noche; Otivar se detuvo y los enemigos, dispersos por Cefín y la Covacha, llenos de pavor corrieron toda la noche por el Campo de Dalías, con muchas pérdidas, a reunirse en Roquetas.

El alcalde de Otivar, entre tanto, con su gente cargó sobre Berja, donde entró aquella noche y se acampó en el cerro de San Roque y luego mandó a su tropa saquear el pueblo, que lo hicieron, muy obedientes, a la perfección, señalándose en las casas de los magnates afectos al gabacho y contra aquellos compradores de ropas y alhajas de Alcolea, que con esto las compraron a mejor precio. En la plaza mataron a Nicolás López, soldado fidelísimo del médico y otro señor de los más principales tuvieron en la plaza atado y confesado para fusilarle, y por empeño de los curas le perdonó el alcalde Otivar la vida, pero no la pena de llevarlo a pie y descalzo siguiendo la tropa hasta Ugújar y de allí a Orgiva y sus montañas, desde donde se escapó este personaje de sesenta y dos años y volvió a su

casa, desde donde tuvo que enviar al Alcalde la multa de 12.000 reales, todo por amigo y afecto al partido francés.

Pasado algún tiempo y estando el médico Llanos con su partida de montañeses y algunos gabachos de asiento en la villa de Laujar, el comandante D. Francisco Moreno de Ohanes con su gente en Berja, resolvió atacar a Llanos, y para esto marchó con su tropa por Dalías, montó la sierra de Gádor por Barjalí, por Balsa Bermeja, y al anochecer del día 6 del mes de junio del año 1812 bajaron la infantería y la caballería por esta cuesta, que llaman de la Gatera e hicieron alto en el sitio del Abelfar, junto a los huertos altos de este lugar del Fondón. Desde allí el comandante Moreno despachó dos espías a Laujar a reconocer las tropas de Llanos, sus cuarteles, etc. Estos espías no registraron más que la plaza y sin saber que en el barrio Lizar había otra partida enemiga, volvieron y le aseguraron a Moreno que toda la gente del médico estaba acuartelada en las casas capitulares. Con lo que este comandante se resolvió a dar el ataque a la madrugada siguiente, y para dar un refresco a su tropa, que la traía con mucha necesidad y estropeada por lo fragoso de la sierra, envió dos soldados aquí al Fondón pidiendo a los Alcaldes pan y vino.

Estos alcaldes, que a la sazón lo eran Antonio Restoy y Cristóbal Ibáñez, hijos de Alcolea y españoles legítimos, no tuvieron miedo en enviarle a Moreno, su amigo, una carga de pan y otra de vino, con lo que la tropa tomó algún refrigerio, y luego a la madrugada del día 7 arrancaron para Laujar. Yo estaba en mi ventana y a las dos en punto los vi pasar por mi puerta. Moreno iba delante a caballo y lo seguían cinco granaderos formados, que me pareció buena gente. Después pasaron sin formación otros 45 a caballo, muy desherrada y estropeada esta caballería. Llevaban buena hora para el ataque. Yo llamé a mi familia, para ver el fuego en Laujar desde mi ventana.

Con efecto, a el romper el día 7 de junio de dicho años vimos y sentimos los tiros en diferentes partes de aquel pueblo y la fuerza del fuego se sentía en la plaza. Después vimos foguearse la tropa por cima de la iglesia, en las eras. Esta función se le desgració a Moreno. El se fue de golpe sobre los enemigos, que estaban en las casas particulares, entendido en que no había otros en el pueblo, mas los que estaban en Lizar, que era unos cien gabachos, al sentir el tiroteo en la plaza, cargaron sobre Moreno, cuya gente aflojó y se le dispersaron. Mas, sin embargo, el Médico y su plana mayor sufrieron un buen susto y perdieron más de treinta montañeses y gabachos, que después se hallaron sus cadáveres en los trigos de la vega. Los oficiales montañeses de Berja y Ugijar, que estaban alojados en diferentes casas, saltaron unos encueros y otros en camisa huyendo, y algunos fueron de esta forma a los cerros de Jancor.

Acabada esta función, que duró tres horas, se le presentaron al pirata Llanos dos soldados desertores de Moreno. El Médico los examinó, les hizo poner la cruz y bajo su inícuca palabra ruin les ofreció salvarles las vidas, si decían la verdad. Ellos juraron, y les preguntó si la justicia del Fondón les había dado raciones aquella noche. Los pobres por no faltar al juramento respondieron que sí. Y en el momento que respondieron aquel Médico maldito, aquel hombre hereje, sin ley, sin Dios y sin conciencia mandó que inmediatamente los ahorcaran de aquel balcón de esquina a la salida para poniente de la plaza de Laujar. Lo que se ejecutó por sus satélites en aquel punto, sin que las lágrimas de aquellos infelices ni los empeños que hizo a favor de ellos el comandante francés ni los de los eclesiásticos de aquel pueblo bastaran para ablandar el infernal corazón de Llanos».

Después Llanos bajó al Fondón con intención de saquearlo y pegarle fuego, pasó por Fuente Victoria y se internó en la Alpujarra persiguiendo a los guerrilleros de Moreno, haciendo daños por donde pasaba.

Cuando los franceses abandonaron España, Llano y su cuadrilla se fueron con las tropas del general Soult. Fueron robando cuanto a su paso encontraban. En Francia —concluye Del Moral— «permanece aun hoy día 23 de septiembre de 1815, que esto se escribe, y con él están también otros traidores como don Francisco Chacón de Adra y varios personajes distinguidos de este reino de Granada. Dios los traiga cuando a mi madre, que hace 65 años que se la llevó».

Otra fuente de noticias, más pobre, son las anotaciones que hace Castañeda en el Libro de la Administración de Bienes Nacionales. Dos dan fe del tiempo, durante el cual las guerrillas ocuparon Berja. La primera dice: «en la noche del veintiocho de abril de mil ochocientos once se cortó el giro de esta Administración por haberse mandado poner en salvo su oficina y caudales a causa de la invasión, que hacían las partidas en la Prefectura de Granada, Jaén y Córdoba». La segunda: «El cinco de septiembre de mil ochocientos once volvió a tomar su giro esta administración por haber quedado el país desocupado de las Tropas». Se trata de la ocupación de Berja por el alcalde de Otívar, que nos acaba de contar Del Moral.

Durante el verano de 1811 el coronel Villalobos opera entre Baza y Guadix. El año siguiente pasa a la comarca de los Vélex a cuyos pueblos obliga a jurar la Constitución elaborada por las Cortes de Cádiz. La escuadra inglesa, aliada de España, destruye los castillos de Guardiasviejas y Roquetas.

Idos los franceses y con ellos los afrancesados, en Berja, Adra y Dalias se forman las partidas cívicas bajo las órdenes del Lío, don Juan

Manuel Lubet, su comandante principal y juez de primera instancia de su partido, quien ordena que se promulgue solemnemente «la Constitución política de la Monarquía Española en 21 de octubre de 1812».

En Huércal-Overa y pueblos de la tierra de Vera y del Almanzora se padeció hambre, de la que murieron algunas personas. En la Baja Alpujarra no se anota esto en los libros de defunciones, si las muertes violentas y el aumento de fallecimientos ordinarios, que llegan en Vicar a quince mujeres y dieciséis hombres en el 1812, siendo lo ordinario antes de la guerra menos de diez, y en Adra, que de sesenta en el 1809 pasan a 110 el año siguiente y 117 en el 1813, lo que puede atribuirse al hambre y los sufrimientos. En el 1811 ataca la fiebre amarilla.

Respecto a los afrancesados el archivo de la Chancillería de Granada conserva algunos documentos. Del 1816 una circular ordenando que no regresen a España, del 1817 una real orden relativa a la salida de los afrancesados de la Corte y de 1820 otra circular permitiendo su regreso. De don Francisco Javier de Burgos Olmo, que fue subprefecto de Almería, tenemos la exculpación, no la del médico Llanos, no aparece en el Archivo Histórico Nacional donde la he buscado con ayuda de sus archiveros.

A la eliminación de la Constitución de Cádiz por Fernando VII sigue el movimiento insurreccional de Riego, que vuelve a implantar la Constitución. Las Cortes aprueba la creación de la provincia de Almería y la división de partidos formada en el 1814. De los treinta y ocho, nueve corresponden a la provincia de Almería, uno a nuestra comarca, que situán ahora en Dalías.

En el 1823 los Cien mil Hijos de San Luis acaban con los constitucionales. El 27 de agosto de dicho año ocupa Almería una división francesa al mando del general Bonnemains, que pasa por nuestra tierra y llega a Almuñécar. En 1824 comienzan las depuraciones por la participación en el régimen liberal.

Durante el resto del siglo XIX los conatos de guerra y las guerras declaradas son en el interior con los carlistas y en el exterior con el enfrente africano y con los Estados Unidos. En el 1834-1838 son los carlistas los que intentan acercarse a la Alpujarra. Rivera alista voluntarios con la promesa de entregarles Berja para que la saqueen. El capitán general de Granada envía una partida especial, para que ayude a la Compañía de Milicias Urbanas. El 27 de abril se alza en Ohanes contra la reina don Juan Lucas Arráez, que había sido alcalde mayor del partido de Berja-Adra y capitán de voluntarios realistas de Granada; le acompañaba el Moreno de los Bérchules. Para hacerles frente patrullan noche y día la comarca las milicias urbanas de Berja, Adra y Dalías.

En febrero de 1836 los mineros y fabricantes de plomo reúnen dinero para socorrer a los heridos de la guerra carlista. El 28 de septiembre se declara el estado de sitio en los reinos de Granada y Jaén. El cuatro de octubre la junta revolucionaria de Málaga apresa a don Francisco Estrada López en la finca Santillana, en los montes malagueños, natural de Adra, abogado y médico, se había distinguido en la guerra contra los franceses y fue capitán de voluntarios reales con Fernando VII. Se le acusaba de estar formando una partida carlista y fue asesinado por las turbas.

En abril de 1837 se piensa uniformar a la Milicia Nacional de Adra, compuesta de dos compañías de 75 hombres cada una. La manda don Francisco Vázquez Valenzuela. El general carlista Basilio García se acerca al reino de Granada. No desaparece el peligro hasta que el año siguiente es derrotado por el general Flinter en Valdepeñas.

Vuelve la guerra carlista en 1874. En septiembre se concede una cruz de plata pensionada con 2,50 pesetas mensuales al soldado José Vargas González. Una suscripción da 2.210 ptas. y una función de teatro 665 para la guerra, y se recogen tres arrobas de hilos y vendas para los heridos. En enero de 1876 se termina la guerra. Se celebran misas y Te Deums. Se crea un fondo para inválidos de guerra.

En el 1824 y 1848 los argelinos preparan expediciones contra nuestra costa al estilo de las antiguas expediciones piratas. En el 1859 España declara la guerra a Marruecos. Una patriótica arenga del gobernador civil de Almería acaba pidiendo el envío por adelantado del importe de la contribución. Una colecta consigue quince arrobas y tres libras de hilos y vendas para los heridos.

En el 1896 el Ayuntamiento de Adra acuerda «abrir una suscripción popular para allegar fondos que poner a disposición del Gobierno caso de declararse la guerra a los Estados Unidos». Los españoles, ofuscados por los periódicos, que pintan fácil el triunfo, creen que la guerra «se hará pronto con buen resultado para nosotros y en daño de los lerdos norteamericanos». Pocos días antes de estallar la guerra el alcalde de Berja, don Antonio de Ibarra, trata con el de Adra la ayuda a prestar al gobierno: tener preparados en las playas de Adra y Baierma «doce marineros avezados a las luchas del mar» y ofrecerlos al gobierno llegado el caso. La pérdida de Cuba y las Filipinas llenó de tristeza y abatimiento a todos, «al entusiasmo sustituyó el abatimiento».

Al fracaso de los Coloraos sigue la prohibición de que los ingleses se adentren en tierra, la desafían el dos de enero de 1826 once ingleses que desembarcan y se internan en la sierra de Gádor. En el 1831 merocean por la costa dos bergantines con revolucionarios, que buscan desembarcar e internarse en la Alpujarra. Aparece el revolucionario José Rivera

con cierto halo de bandido romántico, que va a dar mucho que hacer. Pronto se hace de una gran partida. En el 1833, para auxiliar a los voluntarios realistas el príncipe de Anglona envía una partida de Escopeteros de Andalucía. En marzo de 1834 Rivera se encuentra en el Trevolar reclutando gente para su partida.

Ya en 1824 gabillas de bandoleros situados en Benínar, impiden el paso a Ugíjar. Adra recibe refuerzos y los persigue. En el 1832 las partidas están capitaneadas por el Maldonado y el Estanquero de La Alquería. En el 1834 se apresa una partida, menos al jefe, y se da a sus miembros muerte en garrote vil.

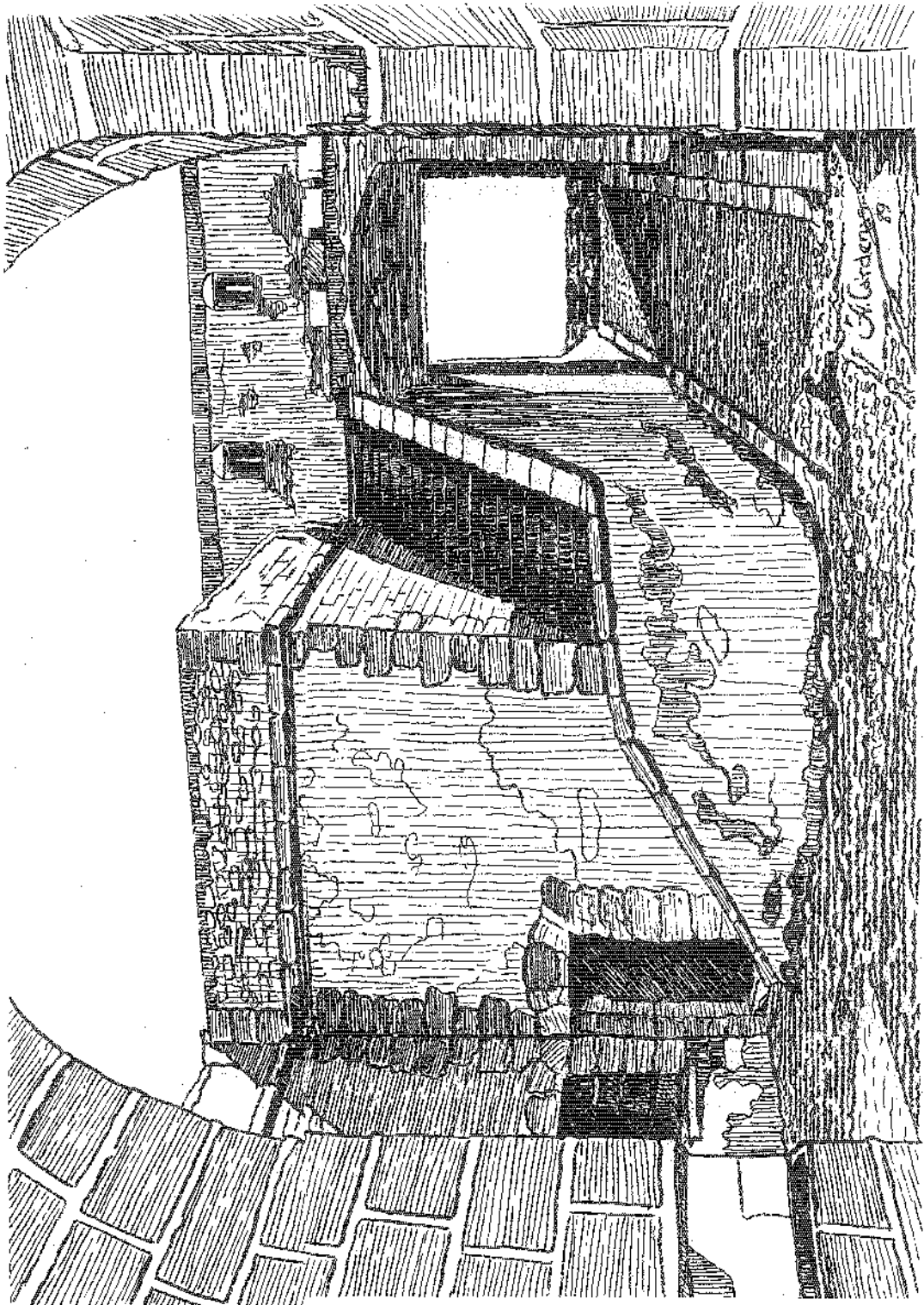
En el 1839 al trasladar los quintos desde Almería a Jaén, bastantes de Adra desertan y se acogen a trabajar en las minas de la sierra de Gádor, otros se hacen «ladrones y malhechores que infectan los campos y caminos». La cárcel de Berja es insuficiente. En mayo de este año se aprueba hacer una nueva cárcel, que costará 47.000 reales, que se reparten entre los pueblos del partido.

El 17 de abril de 1845 le roban a un carabinero, que iba de la caña del Junco al Lance de la Virgen, las armas, el caballo y un baúl. Entre los asaltantes figuran el Trinidad y el Comisarillo, que huyen hacia Turón. Desde febrero de 1847 hay un famoso ladrón apodado el Bacaño. La seguridad de Sierra de Gádor se entrega a la guardia civil. El gobernador Sartorius establece una partida de ocho hombres para la seguridad de la sierra de Gádor.

En el 1851 el bandido Murillo con su partida baja de Baza a nuestra comarca y se establece en Murtas, obtiene mucho dinero con anónimos, en los que amenaza con quemar mieses y cortijos. No hay más guarnición de guardia civil que la de Roquetas, que el gobernador suprime y recomienda a los ayuntamientos que cada cual se defienda como pueda. En noviembre Murillo se retira.

En agosto de 1864 son detenidos el Francia y el Merino, sospechosos de haber intentado un robo en Adra. En 1879 el Carpintero roba la pistola al cabo de los guardias municipales de Adra e intenta huir a Orán. El 15 de septiembre de 1884 la guardia civil, los carabineros y los municipales apresan a un ladrón, que intentaba robar la administración de rentas de Adra. hasta fin de siglo siguen los anónimos y los atracos en toda la comarca.

Los mismo ocurre con los terremotos. Los más intensos alborotan Adra el 25 de diciembre de 1884 y el cinco de enero de 1891, no causan víctimas ni daños. Lo mismo ocurre con los terremotos del 17 de febrero de 1896 y del 15 de febrero de 1897, que se repiten en julio y octubre, y en abril y noviembre de 1903. Agitan Berja los recientes de septiembre de 1980.



El Ejido. Castillo de Guardias Viejas